



ron combate conociendo el camino de la victoria. Cuando Nelson hubo acabado la lectura de sus instrucciones en consejo de oficiales, algunos vertían lágrimas de admiración, y todos exclamaron á una voz: «¡El enemigo está perdido si conseguimos trabar el combate!»

El 19 de Octubre las velas más avanzadas hicieron la señal de que la escuadra combinada salía de Cádiz. ¿Es que había llegado ya el momento favorable, acordado en el consejo, de que los ingleses dividiesen sus fuerzas? Todo al contrario, se habían aumentado sin disminuirse. La causa de que con sorpresa de todos diese Villeneuve precipitadamente la orden de salida se la comunicaba él mismo á su funesto protector Mr. Decres, la víspera del combate. «Me tendría por muy dichoso, le decía, de ceder al vice-almirante Rosilly el primer puesto, si á lo ménos se me reservase el segundo...; mas sería para mí por demas atroz perder toda esperanza de tener ocasion de probar que era yo digno de mejor suerte. Si el viento me lo permite, saldré mañana.» Salió, en efecto, atropellando por el acuerdo del consejo y contra el dictámen de los marinos españoles, no para cumplir las instrucciones del emperador, que no quería batalla sino en el canal de la Mancha; no para realizar una súbita inspiración del genio, no sujeta á cálculos; no para coger una victoria que se viene á las manos; no, en fin, para servir los intereses de las dos naciones coligadas, sino por el interés personal de su almirante, que necesitaba para cubrir su afrenta ó una victoria ó la muerte. Empujado por la desesperación, la fatalidad lo precipitó en sus abismos.

«El almirante Villeneuve, dice un ilustre marino francés, descuidó dar á los almirantes y contra-almirantes á sus órdenes, instrucciones especiales relativas á la posición en que pudiera hallarse la escuadra combinada en los dos casos de ataque y defensa, según los designios y maniobras del enemigo: después de haber dispuesto el orden de batalla sobre una sola línea, recordó las instrucciones generales que había dado á su salida de Tolón.» instrucciones que podían reducirse á estas breves palabras: *Obre cada cual según mejor le parezca.*

«Haré muy pocas señales, decía, pues todo lo espero de cada capitán,» y volvía á decirlo por toda prevención para el caso de que el enemigo se afanase por envolver la retaguardia ó cortar la línea para envolver algunos buques y vencerlos: «en este caso, repetía, un capitán que manda debe hallar en sí mismo, en su propio desnudo, en su amor de gloria, las inspiraciones que le han de guiar, sin esperar las señales del almirante, que, empeñado en el combate, se halla envuelto en el humo, y puede carecer hasta de posibilidad de hacer señales.» Quién hubiera podido cotrarrestar entóndes estas instrucciones, que, como se ve, lo abandonan todo al azar y al desconcierto individual, con las de Nelson, donde todo está previsto y advertido, donde el cálculo sujeto á la fortuna, sin duda habría predicho el gran desastre que vamos á describir.

El 19 de Octubre, á las seis de la mañana empezó á salir de Cádiz la escuadra combinada en fuerza de cuarenta velas, quince navíos españoles, diez y ocho franceses, cinco fragatas y dos bergantines de la misma nación. Iban unas con otras interpoladas con el objeto de que cualquiera que fuese el punto atacado, entrasen de ambas escuadras en fuego, y no sucediese, como en Finisterre, que toda la acción fuese casi exclusivamente sostenida por los españoles.

Marchaban así en cinco divisiones que regían con la misma alternativa, Alava la vanguardia, Villeneuve el centro, el Dumanoir la retaguardia y la reserva, un poco barloventada, Gravina, trayendo por segundo á Magon. Si en la hora del combate hubiesen conservado esta misma formación los aliados, probable es que la victoria hubiera coronado sus heroicos esfuerzos; pero al acercarse el enemigo, Villeneuve alteró este orden, que había concertado con Gravina, mandando ejecutar una virada por redondo á un tiempo, que cambió enteramente las posiciones. La vanguardia se convirtió en retaguardia, la reserva vino á alinearse con el cuerpo de la armada, formando una sola línea, pero tan irregular y poco sostenida, así por la flojedad del viento como porque el enemigo estaba ya encima, que sólo los catorce



navíos que mediaban del Santa Ana al Príncipe de Asturias, en que tenían arboladas sus insignias Alava y Gravina, se hallaban en perfecto orden de batalla: la vanguardia tenía tres velas fuera de la línea, y en el centro, desde la nave que montaba Villeneuve hasta el Santa Ana, solo conservó una su puesto; las demas, que eran cuatro, quedaron muy á sotavento, dejando un gran claro al enemigo, que ciertamente no esperaba tal auxilio á su plan.

Gravina, recordando quizá que la victoria de Lepanto se debió á la cooperación de una reserva al mando del valeroso don Alvaro de Bazan, que entró de refresco en el fuego y cuando flaqueaba una parte de la armada cristiana, pidió á Villeneuve por señales, antes de incorporarse á la línea, que le dejase operar con independencia para acudir donde fuese más conveniente en medio del combate, cogiendo al enemigo entre dos fuegos. Una negativa inexplicable, sino es por mezquinas consideraciones de rivalidad, fué la contestación que vió aparecer en la capitana; negativa fatal que fué agriamente censurada en el acto por los mismos franceses, en especial por el contra-almirante Magon, y á la cual se debió tal vez la derrota, porque la reserva es lo único que podía destruir los planes de Nelson. A esta falta gravísima, que daba á la línea una extensión desmesurada, añadió Villeneuve la de mandar que no se hiciese fuego hasta tener muy cerca las naves contrarias, pues entonces era ya imposible evitar que fuese cortada la escuadra por un enemigo que acometía en columnas.

Dos había Nelson hecho formar á su escuadra: á la cabeza de la de vanguardia, compuesta de diez y ocho velas, se puso él mismo con el Victory, á la de la retaguardia Collingwood con quince. Las treinta y tres naves reunían dos mil cuatrocientas veinte y cuatro piezas de artillería, para contestar á las cuales contaban los aliados cuatrocientas sesenta más, pero no tenían más que cuatro navíos de tres puentes que concentran mucha fuerza en poco espacio, para oponer á los siete ingleses que se pusieron á la cabeza. Cuando las dos columnas estuvieron formadas, el célebre almirante dió á su segundo esta última instrucción. «Yo ata-

caré la vanguardia para cortarle el paso á Cádiz; V. corte la retaguardia por el undécimo navío.» En seguida hizo aquella señal renombrada en los fastos de la nación británica: «La Inglaterra espera que cada uno hará á su deber:» sencilla y majestuosa arenga que difundió una ardorosa emulación en toda la escuadra.

Era el medio día del tristemente memorable 21. El Royal Sovereign, navío de tres puentes que mandaba Collingwood, se dirige á toda vela contra el Santa Ana, de igual categoría, barloándose con él tan cerca que las velas bajas se tocaban. En esta terrible situación empeñaron ambos un combate horroroso. El general Alava, que, como dejamos dicho, tenía su insignia en el Santa Ana, manda poner á estribor toda su gente y descarga su primera andanada de babor, que al herir á su contrario, lo inclinó al costado opuesto hasta hacerle descubrir dos tablones. Devuelve tan formidable empuje y combaten con tal encarnizamiento que ambos quedan igualmente maltratados: Collingwood se ve obligado á pasar en medio del fuego á la fragata Erygalus, porque su velero navío, todo desmantelado, ya no gobierna, y el Santa Ana, destrozada también su arboladura, ha sentido caer heridos sobre la cubierta al valiente Alava y á su capitán de bandera Gardoqui.

Cuando esto sucedía, el combate era general, porque Nelson había llegado ya á la línea. Su primer intento fué cortarla por la proa del Bucentaure, donde tenía su insignia Villeneuve; pero estaba allí el enorme Trinidad, que regia el general Cisneros, y cuyas descargas á un tercio corto de tiro hicieron tales estragos en la arboladura del Victory que, sin la oportuna interposición del Temerary, hubiera tardado muy poco en quedar sin gobierno. Con esta atrevida maniobra, no sólo consiguió tal vez salvar á Nelson, sino ejecutar su designio de atravesar la línea por la popa del Bucentaure, donde desgraciadamente había el claro de uno de los navíos sotaventeados. Acudió á llenarlo el Redoutable; pero cargó sobre él el Temerary, el viento lo arrastró un poco, y por el hueco penetró al fin el intrépido almirante corriendo tras él la mitad de su división. La





otra mitad estuvo extreretando amenazando acometer á la vanguardia á fin de que no virase en auxilio del centro, hasta que, rota la línea, se lanzó sobre él tambien para cogerlo entre dos fuegos.

El espectáculo que ofrecia entonces el centro de la armada franco-española, más que combate, parecia un espantoso volcan. Las descargas eran incesantes, su lúgubre resplandor se extendia por las aguas á larga distancia, y el fuego envolvía á los combatientes. El Bucen-taure luchó con un valor heroico asta que desarbolado de los palos mayor y mesana y casi destrozado su casco, tuvo que arriar bandera. Eran las tres de la tarde. El Trinidad, sobre quien cargaron los navíos que le rindieran, no queriendo cederle en heroismo, siguió manteniendo su pabellon en el hasta á costa de prodigios de valor. Tronchados al fin sus árboles, obstruido de escombros, muertos y heridos cuantos tenían algun destino en la cubierta, su valeroso comandante, solo sobre ella, hizo subir al alcázar á los pocos oficiales que el cañon habia respetado para acordar la rendicion. Era la caída de la tarde, y no habia cesado el fuego desde el principio del combate. Si lo continúa algo más, una horrorosa catástrofe hubiera coronado tanto denuedo. El Trinidad tenía sesenta pulgadas de agua en la bodega, y en vano el vencedor agitó las bombas día y noche: apenas habian acabado de ser trasladados á tres ó cuatro navíos ingleses los restos vivos de su tripulacion, se vió ir al fondo aquel glorioso leño llevando á los abismos un gran número de heridos.

Costó este triunfo á la Inglaterra una dolorosa pérdida. Una bala del Rodoutable habia ido á herir á Nelson en el brazo izquierdo, atravesado su pecho y detenidose en la columna dorsal. Tendido en el lecho de la agonía, este insigne marino estuvo pidiendo frecuentes y minuciosos partes del combate y dirigiendo plegarias al Todopoderoso por la victoria de su escuadra para la salvacion de Europa. Y añadia estas palabras dignas de un griego de la antigüedad: «¡Quiera él no permitir que ningun acto de debilidad empañe su lustre y que despues del combate no haya un inglés que

olvide los sagrados deberes de la humanidad!» Cuando hubo cesado el fuego, apenas respiraba ya: pero al oír que el Trinidad, como el Bucen-taure, habian arriado su bandera, se levantó un poco, abrió sus lívidos labios para esclamar: «¡Bendito sea Dios, he cumplido mi deber!» y cayó para siempre en el lecho de muerte.

El Trinidad no sucumbió sin que hubiese sido intentado su socorro. El Héroe francés y el San Agustín, español, que estaban á su proa, cuando le vieron abrumado de enemigos pidiendo auxilio, volvieron en su ayuda y pelearon valerosamente á su lado. «Roto el centro y rendidos algunos buques de él, se replegó el enemigo en número de cinco navíos sobre éste, dijo en el parte su comandante Uriarte, que sostuvo el fuego hasta más de las cinco y media de la tarde, que fué preciso ceder á tanta superioridad y á dos repetidos abordajes, que al tercero ya no pudo oponérsle suficiente gente, por hallarse ocupada en las baterías la poca que restaba, continuando el fuego contra los otros buques que me estrechaban á tiro de pistola.» Este valeroso capitán, rendido ya su navío, seguía defendiendo su bandera hasta que la vió en el agua y no hubo un solo hombre que le obedeciese! Cuál sería el estado del San Agustín entonces cuando aquella misma noche se vió caerle todos los palos y hacer tanta agua, que no bastando las bombas para extraerla, el vencedor lo quemó á los pocos días.

Tambien acudió en socorro del Trinidad el intrépido marino que lo habia rescatado ya en San Vicente. Hallábase este día Valdés á la cabeza de la línea de batalla en el navío Neptuno, é impaciente de pelear, observando que los navíos del centro están próximos á ser apresados, y que el contra-almirante Dumanois, bajo cuyas órdenes se hallaba, no piensa en pelear, rompe tambien esta vez la disciplina, y vira de bordo solo para acudir al combate. Pregúntale Dumanois adónde va, y, sin detenerse, le responde: *Al fuego*: tras él siguió el pundonoroso capitán del Rayo. Empero sus generosos esfuerzos fueron vanos. El Neptuno, cercado por cuatro navíos, sostuvo un horroroso combate mientras



tuvo voz su bizarro comandante y brazos que sirviesen sus baterías. Herido él de gravedad y su segundo, tendidos en los puentes noventa y ocho muertos y con ciento cuarenta y seis heridos estorbando la maniobra, era imposible prolongar la lucha. Además no podia ya salvar el Trinidad. El oficial que quedó con el mando arrió la bandera; pero el temporal que sobrevino lo arrebató á los vencedores para estrellarlo en las peñas de Santa Catalina, junto al Puerto de Santa María.

No era sólo al rededor del Santa Ana y del Trinidad donde se habia empeñado tan terrible combate: el Príncipe de Asturias, que mandaba el brigadier Hore, llevando á su bordo á Gravina y al mayor general don Antonio Escaño, parecia arderser en medio de una hoguera. Atacado por cinco navíos, llevaba ya cuatro horas de un espantoso fuego y se hallaba en un estado de completa inercia, destrozado su velámen y sin palos, cuando se presentaron á socorrerle, el San Justo, español, y el Neptune, francés, dos de los bajeles del centro sotaventados, con cuyo auxilio se alejaron los enemigos. Gravina habia caído herido gravemente de un casco de metralla en el brazo izquierdo, y Escaño, á quien entregó el mando, habia sido tambien maltratado en una pierna de otra descarga de metralla que arrebató á cuantos le rodeaban en la toldilla. No por eso abandonó su puesto hasta que los ruegos de los oficiales, viendo que la sangre le salía por encima de la bota, le obligaron á bajar á la enfermería. Hecha la primera cura, volvió á subir á la toldilla entre dos marineros, y allí permaneció mandando el fuego hasta que, viendo completamente perdida la batalla, hizo poner en su resto de arboladura la señal de retirada. Acudieron á ella el Neptuno, el Argonauta, el San Leandro, el San Justo, el Montañés, españoles, y el Pluton y el Indomptable, franceses, únicos que vió Cádiz con dolor regresar de las cuarenta velas que tres días antes habia visto partir.

Todos los navíos, así franceses como españoles, que pertenecian á esta parte de la línea siguieron el ejemplo de su esforzado almirante. El brigadier Galiano, entusiasmado á la vista

de dos navíos que navegaban contra el suyo, que era el Bahama, de setenta y cuatro cañones, hace su testamento militar, y enseguida, dirigiéndose al joven guardia marina que custodia la bandera, pariente suyo, le dice: «Cuida de defenderla; ningun Galiano se rinde, y tampoco un Butron debe hacerlo.» Recorre despues las baterías animando con patrióticas exhortaciones, y al volver á la cubierta, dice á todos mostrándoles la bandera: «Señores, estén Vds. en la inteligencia de que esa bandera está clavada.» Acometido primero por los dos navíos y despues por tres, parecia poseido el Bahama del ardor de su comandante, que, de pié en medio del alcázar, animaba con su palabra á los combatientes, sin cuidarse de la herida que un astillazo le hizo en la cara. Al fin una bala le arrebató la vida llevándole la mitad de la cabeza, y su cuerpo recibió por sepultura los abismos del mar. El Bahama, hecho casi astillado, poco despues de haber arriado el pabellon siguió á su comandante.

El San Juan Nepomuceno fué uno de los que más brillaron en aquel día nefasto. Mandáb al Churruca, una de esas almas serenas que saben como el águila, remontarse encima de las tempestades y dominarlas. El día 19, sabido ya que la escuadra iba á dar la vela, este profundo marino, que tan bien acababa de predecir la suerte de la escuadra, llamó á su cuñado Apodaca, y le dijo: «Escribe á tus padres que vas á entrar en un combate que seguramente será sangriento. Despidete de ellos, pues mi suerte será lá tuya: antes que rendir mi navío, lo he de volar ó echarlo á pique. Este es el deber de los que sirven al rey y á la patria.» Y á un amigo á quien escribió con la misma fecha, le decia: «Si llegas á saber que mi navío ha sido hecho prisionero, di que he muerto.» Tal era su resolucion, que quiso manifestar á todos con la mayor solemnidad el día del combate. Una hora antes de romper el fuego llamó sobre el alcázar á toda la tripulacion, soldados y marineros, les mandó ponerse de rodillas, y dirigiéndose al capellan, le dijo: «Cumpla V., padre, con su ministerio; absuelva á estos valientes que no saben lo que les espera en la batalla.» Echada la absolucion y en pié todos, les dice con voz





solemne: «Hijos míos, en nombre del Dios de los ejércitos, prometo la bienaventuranza al que muera cumpliendo sus deberes. Si encuentro alguno que falte á ellos, le haré fusilar sobre la marcha, y si escapase de mis miradas y de la de los valientes oficiales que tengo el honor de mandar, sus remordimientos le seguirán mientras arrastre el resto de sus días miserable y desgraciado.» Un momento de lúgubre silencio precedió al grito general, dos veces repetido, de «¡Viva el rey!» y el toque de generala de los tambores puso fin á esta imponente escena. Churruca parecía un gladiador romano, que conocía su suerte antes de emprender la lucha. «¡El general francés, dijo á su segundo, cuando vió alterar la primera posición formando una línea tan extensa; no conoce su obligación, y nos compromete! ¡Qué funesta ha sido siempre para España la unión de sus escuadras con las francesas! ¿Recuerda V. lo que decía días pasados del cabo de Sicilia y del combate de Finisterre, en que fuimos abandonados?» Mas tan tristes presentimientos no amenguaron su decisión. Por espacio de dos horas peleó sólo contra tres navíos que le combatían por ambos costados; después acudieron sobre él otros tres, de los cuales uno, el *Dreadnought*, se le puso por la popa á medio tiro de pistola, y sin embargo, el *San Juan*, único de toda la línea que se ve acometido por seis buques de igual y mayor fuerza, no se rinde. Su valeroso comandante, sereno como el Júpiter de la fábula, en medio de mil rayos que se cruzan en todas direcciones, sigue repartiendo el fuego con el mismo orden que en un día de salva real. Cae á pedazos la arboladura, la metralla y los cadáveres alfombran la cubierta, y él no se amilana ni desconcierta. Acude á todo; manda con su bocina de combate la maniobra; hace las veces del capitán que muere; anima á los cansados; apunta los cañones... Pero, al acabar de hacer una puntería que desarbola á uno de los contrarios, una bala de cañón le arrebató la pierna derecha y cae al suelo. «Esto no es nada, siga el fuego,» dice todavía el héroe blandiendo su espada, apoyado sobre el brazo izquierdo, é insiste en permanecer sobre el alcázar. Le engañaba su brioso corazón, y no tardó

en reconocer que la vida se le escapaba á borbotones. Llamó entonces á su presencia á los que le sobrevivían, dió á todos las gracias por su buen comportamiento, pidió que se clavara la bandera y no se rindiese su querido *San Juan* mientras él viviera. Uno y otro tardaron poco en sucumbir. Era imposible, por falta de arboladura, cortar el círculo en que estaba encerrado, y era también imposible contra fuerzas tan superiores continuar el combate: habían muerto el comandante, su segundo, otro oficial y ciento cincuenta y dos individuos de la tripulación, y tenía siete oficiales y doscientos cuarenta y tres heridos. Cuando hubo arriado su bandera, los oficiales ingleses de los diferentes navíos que cercaban el *San Juan* se presentaron á bordo para preguntar á cuál se había rendido, disputándose tamaña gloria. «Combatido por los seis navíos, contestó el digno heredero de Churruca, el valiente Falcon, á todos ellos sucumbe, que á uno solo jamás se hubiera rendido el *San Juan*.»

No fué esta la única muestra de admiración que arrancó al enemigo el malogrado Churruca. El acto religioso de su defunción se celebró asistiendo los ingleses al lado de los españoles; y cuando el oficial encargado de la ceremonia se lo notificó á su cuñado, le añadió, manifestándose pesaroso de la muerte de un hombre á quien conocía ya por su reputación científica. «Varones ilustres como éste no debía estar expuestos á los peligros de un combate, sino conservados para los progresos de la ciencia de la navegación.» Llevado el casco del *San Juan* á Gibraltar, estuvo allí conservado con mucho esmero largos años con la cámara cerrada, y en la puerta el nombre de Churruca en letras de oro. Esta puerta no se abría sino muy rara vez á viajeros de distinción, y nadie penetraba en la morada que había ocupado el héroe sino con la cabeza descubierta: obsequio singular en que se honraba tanto quien lo tributaba como la memoria del inclito varón que lo merecía.

No hubo un solo navío español cuya conducta empañase aquel día el honor del pabellón. El *Monarca* fué uno de los primeros que rompieron el fuego; peleó con un grupo de bajeles



enemigos por espacio de cinco horas hasta que se encontró desarbolado y haciendo una gran cantidad de agua. *San Ildefonso* quedó tan destrozado, que fué declarado incapaz de carena en Inglaterra. El *Argonauta* sufrió tales estragos, que se le hundió la cubierta del alcázar, y se ahogó al día siguiente de la batalla.

También los navíos franceses pelearon con denuedo y rescataron este día la honra que habían perdido en Finisterre por la impericia de su almirante. Este brilló en medio del combate por un valor desesperado, que acabó de acreditarle de buen soldado, pero mal capitán. El *Achile* resistió con firmeza los ataques de tres enemigos hasta que se prendió fuego en una batería. Alejáronse entonces aquéllos para evitar los estragos de la explosión que esperaban, y tuvieron la humanidad de mandar lanchas para recoger la gente; pero el alférez en quien por muerte del fogoso comandante Newport había recaído el mando, rehusó salvar su vida, y se voló con la tripulación que las balas habían respetado. El valeroso capitán del *Intrepide* resistió solo contra cinco navíos que sucesivamente le acometieron, y sólo abatió su bandera cuando el sexto llegó á quitarle toda esperanza de un oportuno socorro. El contraalmirante Magon probó en la hora del combate ser tan ardoroso como en los consejos del puerto. Los capitanes Courrage, Beaudoin, Poulain, Camas, legaron también en su muerte á la Francia un motivo de orgullo. Sólo el contraalmirante de la vanguardia, sólo Dumanois dejó una mancha eterna en el luminoso cuadro de este día, para ambas naciones triste y glorioso. Hecha por Villeneuve señal de virar en redondo toda la vanguardia repetidas veces, cuando el *Bucan-taure* y el *Trinidad* estaban abrumados con el número de los enemigos, el *Formidable* que aquel montaba obedeció tarde, y después siguió un rumbo que le alejaba más cada instante del punto á que lo llamaba su honor. Tras él fueron otros tres navíos, y ninguno era español. Los que en su división llevaban esta bandera todos acudieron al ronco grito de la patria y del honor castellano que salía del *Trinidad*.

¿Pero fué solamente la cobardía de Duma-

nois ¡la causa de la derrota? No, ciertamente. La inexperiencia de la marinería, muy inferior á la inglesa por su instrucción; el mal estado del material con que la escuadra combinada entró en acción; la desesperación de Villeneuve que, aterrado bajo el temor que le infundía el emperador, marchó al combate en busca de un hecho ruidoso, fuese ó no una victoria, la oposición á la reserva que Gravina pidió con empeño; la desmesurada extensión de la línea que se formó; la desconfianza que reinaba entre franceses y españoles, y por último, la contradicción de los vientos, la adversidad de la suerte, que es siempre cruel con los desgraciados, tales fueron las causas y accidentes que concurrieron al vencimiento de unos navíos que con tanto heroísmo pelearon. Añadamos el genio de Nelson, primer marino de la Gran-Bretaña, la práctica de la mar que tenía su marinería, y sobre todo la fe en su jefe y la costumbre de vencer.

En resumen, la indigna política de la corte de Madrid, sometida á la coyunda del emperador, y la impericia y el capricho de su almirante ocasionaron la derrota de Trafalgar, la más terrible para España de cuantas ha registrado la historia. Mil veintidos muertos, mil trescientos ochenta y tres heridos, tres navíos que hizo prisioneros el enemigo, tres que se fueron á pique durante la acción y poco después, cuatro estrellados en la costa á consecuencia de un horroroso temporal que sobrevino, fueron esta vez más el precio á que pagó la mísera España de Godoy su funesta alianza de San Ildefonso.

Los vencidos buscaron un consuelo en las pérdidas no menores de la Inglaterra, y los poetas españoles cantaron como á una victoria el que llamó la nación, y llama con razón la historia, *glorioso desastre de Trafalgar*. ¡Triste y vano consuelo! La marina española quedó sepultada en aquella gran catástrofe con los inmortales Gravina, Churruca, Galiano, Alcedo, Moyua, Castaño; y tres años después ese mismo hombre, á cuya hidrópica ambición hacíamos tan precioso holocausto, pagaba á la incauta y generosa España con la más negra ingratitud.